

instrucción, casarse con la muger de su hermano ó de su padre; sin embargo, pueden dos hermanos casarse con dos hermanas. Mas á pesar de que la ley romana consiente los matrimonios de primos hermanos, la Iglesia, que cuenta este grado por el segundo, los prohíbe severamente, concediendo no obstante el permiso de casarse en el tercero y cuarto grado. Deben los maridos abstenerse de sus mugeres mientras lactan á sus hijos, como es obligación materna el hacerlo. No hay tiempo señalado en que la muger despues de su parto esté obligada con rigor á no asistir á la iglesia. En cuanto á los templos de los falsos dioses, no es de dictámen el Pontífice que se destruyan, sino que despues de purificados pasen del culto de los demonios al culto del Señor. Y porque los idólatras en sus sacrificios inmolaban muchas víctimas con las que celebraban convites, permite que en las fiestas de los mártires y de los Santos, los ingleses convertidos tengan comidas modestas á la sombra de las enramadas dispuestas al rededor de las iglesias, «á fin, dice, de que con estos regocijos de costumbre, pero inocentes, se les inspire insensiblemente el amor de una alegría interior y toda celestial. No se deben quitar de un golpe á ánimos duros sus antiguas costumbres, así como á un lugar elevado no se llega saltando, sino subiendo paso á paso.»

Agustín, luego que recibió estas instrucciones, puso obispos en York, en Lóndres y en algunos otros puntos. El rey Ethelberto, constante en la fé que habia abrazado despues de maduras reflexiones, se mantuvo en ella con edificación hasta el fin de su reinado, que duró todavía muchos años y fué muy feliz. Por su parte el Papa San Gregorio no cesó en toda su vida de mirar con tanto celo estas nacientes iglesias, como si no tuviera sobre sí el cuidado de todas las demás. A pesar de este celo

por las obligaciones de Pontífice, cumplía con las de obispo, como si no estuviera á su cargo más que una diócesis. Durante todo el curso de su pontificado miró siempre la obligación de instruir como la mas indispensable, y anunció por sí mismo la divina palabra. Había escrito primeramente una serie de cuarenta homillas sobre los evangelios comunes, que se leían ya entonces en la misa en el mismo orden que se leen hoy. Despues tomó á su cargo el explicar al pueblo las profecías de Ezequiel: asunto acomodado á la desgracia de los tiempos, y no menos conforme al gusto del orador que comentaba con facilidad el testo sagrado en el sentido moral. Los tres primeros capítulos ofrecieron desde luego á la fecundidad de su pluma materia para doce homillas; mas recelando que no podría explicar de este modo toda la obra, le suplicaron que explicase la última parte, que habla del restablecimiento del templo de la ciudad santa, y que debía ser la mas consoladora. Escribió, pues, otras diez homillas sobre este asunto, aunque no explicó más que un capítulo. Escuchaban todos con tal delicia á este afectuoso y patético orador, que copiaban sus discursos mientras los pronunciaba.

Igual acogida obtuvieron sus Diálogos; porque no se contentaba con enseñar de viva voz, sino que reputándose deudor á los fieles de toda clase y de todo país, procuraba instruirlos y edificarlos por todos los modos posibles. Compuso los Diálogos á ruego de sus hermanos, es decir, de los clérigos y monges con quienes vivía familiarmente. Se conservaba por tradición la memoria de muchos milagros sucedidos en Italia en el espacio de cierto número de años, y las personas de una piedad sólida deseaban mucho que el Santo Pontífice los recogiese en un escrito. Miraba él mismo esta colección de hechos prodigiosos como

mucho mas propia que las disertaciones mas sábias y que los raciocinios mas exactos para convencer á los infieles que aun habia en Italia, de los cuales casi todos eran esclavos rústicos ó soldados bárbaros é ignorantes. En efecto, ella sirvió tanto mas eficazmente para la conversión de los lombardos, cuanto que estos conocian por sí mismos la verdad de la mayor parte de estos prodigios, obrados poco tiempo antes con personas de su nación. Recibieron todos esta obra con aplauso general y extraordinario, y ha conseguido el comun aprecio sin interrupción por espacio de ocho á nueve siglos. Para desmentir el respeto de toda la antigüedad, ó á lo menos para llevar la acrimonia de la censura hasta la irrisión y el desprecio, era menester toda la desvergüenza de las heregias suscitadas contra el celibato religioso y contra las observancias mas puras de la perfección cristiana; empero su estremado odio, manifestamente interesado, se desacredita por sí mismo. Seriales menos odioso San Gregorio si no alabase en sus diálogos una multitud de varones santos que encontraron y consiguieron su santidad en la vida monástica, y si no atestiguase concluyentemente la creencia de los puntos capitales de doctrina contra los cuales nuestros cismáticos reformadores han pronunciado su tardía y sacrilega protesta. Ocupan todo el libro segundo de estos piadosos Diálogos las virtudes y los milagros del santo patriarca de los cenobitas del Occidente. En el cuarto, destinado principalmente á probar la inmortalidad del alma, el santo doctor enseña que hay un Purgatorio para purificar por el fuego las almas de los difuntos de las manchas leves y para expiar lo que no ha sido expiado con la penitencia.

Pero lo que mas indisponen á los protestantes contra San Gregorio, es la obra intitulada el *Sacramentario*, ó colección de

las oraciones y ceremonias que debe hacer el sacerdote en la administración de los sacramentos y en la celebración del santo sacrificio. Había ya formado el Papa Gelasio la colección de las misas de todo el año; pero San Gregorio, despues de muchas supresiones y algunas adiciones, lo ordenó todo en un volumen que mereció entonces el mayor aprecio, y fué la causa de atribuírsele toda la obra. Indudablemente no hay otra que mejor dé á conocer todo el respeto que se debe á nuestras santas solemnidades por minuciosas que puedan parecer ciertas observancias. Vémoslas respetadas y practicadas religiosamente en la mas remota antigüedad. El orden y las oraciones de hoy son casi los mismos que en los tiempos mas remotos. Entonamos todavía en el Introito un verso del salmo que se cantaba entero en otro tiempo. La misma mudanza se ha hecho en el Ofertorio y en la Comunión; porque las comuniones menos numerosas en nuestras misas, á causa de que se celebran en el dia mas que en aquella época, no requieren ya el mismo espacio de tiempo que entonces; tampoco se necesita tanto para el introito que se decía antiguamente interin el pueblo entraba en el lugar santo y mientras que un clero numeroso se dirigia magestuosamente hácia el altar, y así el celebrante hacia la señal para cantar el *Gloria Patri* del salmo cuando todo estaba preparado. Ofrecian los fieles el pan y el vino para la consagración, y ellos mismos amasaban este pan. Con este motivo, recibiendo un dia la comunión de mano de San Gregorio una señora romana, se sonrió al oír que el Pontífice llamaba cuerpo de Jesucristo al pan que ella habia amasado por sus manos. Mas deseando el Santo arraigar la fé vacilante de una cristiana tan débil, mandó guardar la hostia, se puso en oración, y despues se la mostró convertida en carne á vista de todos. En



cuanto al cánon de la Misa, se lee tambien en el Sacramentario de San Gregorio al pie de la letra el mismo que hoy recitamos, escepto estas únicas palabras: *diesque nostros in tua pace disponas*, que se creen añadidas á la segunda oracion para pedir la paz al Señor en tiempos de turbacion y de calamidad. Apenas se encuentra tampoco mas diferencia entre nuestro cánon y el que se lee en el tratado de los Sacramentos atribuido á San Ambrosio y que indudablemente es muy antiguo. Como las misas, en particular las solemnes, eran entonces mucho menos frecuentes que hoy, se habian señalado las iglesias donde debia celebrarse el oficio en ciertos dias, y aun cada dia de Cuaresma y de la cuatro témporas.

Y hé ahí el origen de las estaciones ordenadas para Roma en el Sacramentario de San Gregorio, como existen todavia en el misal romano. Conviene tambien observar que las fiestas de los Santos se celebraban siempre en las iglesias donde reposaban sus reliquias.

Parécenos que nuestros lectores verán con placer cómo se distribuian para estas estaciones así los eclesiásticos como las iglesias de la capital del mundo cristiano. El emperador Augusto habia dividido esta ciudad inmensa en catorce regiones ó cuarteles; pero en el uso eclesiástico solo se contaban siete, entre los cuales se distribuyó el clero y las iglesias. De este modo, asistiendo por turno todos los clérigos cada dia de la semana, los del tercer cuartel estaban de servicio el domingo, los del cuarto el lunes y así sucesivamente. Habia en Roma cuatro clases de iglesias: las patriarcales, llamadas particularmente basilicas, que eran cinco, á saber, San Juan de Letran, San Pedro del Vaticano, Santa Maria la Mayor, San Lorenzo, situado extramuros ó fuera de la ciudad, y Santa Cruz de Jerusalem: las titulares en

número de treinta desde fines del siglo V, que eran propiamente las parroquias, gobernadas por presbíteros, cuyo superior ó gefe se llamaba presbítero-cardenal, y que en cierto modo correspondia á lo que hoy llamamos cura; las diaconías, en donde bajo la direccion del arcediano habia oficinas para la distribucion de las limosnas á cargo de los siete diáconos regionarios, uno para cada cuartel, y de un administrador temporal, llamado padre de la diaconía, que debia dar cuenta al Pontífice. Quería San Gregorio que fuesen clérigos y exentos de la jurisdiccion secular, para que los legos no tomasen ocasion alguna de apoderarse de los bienes de los pobres. Además de los siete diáconos regionarios habia otros en las iglesias titulares, dependientes del presbítero cardenal. Por último, los oratorios ó capillas que no tenian regularmente ni presbítero titular ni oficio público, estaban la mayor parte en los cementerios, donde se enviaba un sacerdote cuando se creia conveniente celebrar en ellas. Habia oratorios en algunas casas particulares; y tambien algunos oratorios, saliendo de la regla general, tenian un presbítero titular para celebrar allí la misa cuando acomodaba al fundador, ó en ciertos dias de devocion que atraian un gran concurso de fieles. Estos oratorios eran una especie de titulos de segundo orden.

En el Sacramentario de San Gregorio y en el libro de las Rúbricas romanas, que es por lo menos de su tiempo, se encuentran, á mas de los ritos del sacramento y del sacrificio de la Eucaristia, las ceremonias del bautismo, de la ordenacion, de las procesiones públicas, y de las letanías, con la bendiccion de los cirios, de la ceniza, de los ramos, y otras muchas prácticas tan respetables por su antigüedad como por la piedad que inspiran. No faltaron sin embargo murmuradores que acusaron al Papa Gre-

gorio de hacer injuria á la Iglesia Romana adoptando los usos de la iglesia de Constantinopla. Mas el Pontífice demostró que, sin imitar á la nueva Roma en lo que parecia nuevo, no habia hecho mas que restablecer las antiguas costumbres. Por lo que hace á lo que entonces recelaban, á saber, que los griegos se prevaliesen de esta conducta, respondia el Pontífice: «¿Quién duda que aquella iglesia está sujeta á la Santa Sede, como lo han declarado siempre el emperador y el obispo de Constantinopla? Si esta ciudad, ó cualquiera otra menos considerable, tiene alguna práctica loable y privativa de ella, yo estoy pronto á imitar hasta al último de mis inferiores. El desprecio y la indiferencia no es lo que da la supremacia, y el bien no consiste en despreciar lo mejor que pueda aprenderse.»

Por último, este gran Pontífice no creyó rebajarse arreglando el canto de la Iglesia, y de él tenemos lo que se llama hoy con su nombre Canto Gregoriano (1). Al efecto estableció en Roma una escuela de cantores, que se conservó mas de trescientos años despues de él. Aunque estaba tan abrumado de negocios y trabajos, empleaba horas enteras haciendo cantar á los clérigos jóvenes á quienes animaba, acompañaba y amenazaba muchas veces, segun se dice, con los instrumentos de la correccion en la mano. Tenia esquisito gusto y un oido muy fino. Todas las iglesias adoptaban con el mayor placer su canto. Miraron los galos como un favor el ser instruidos por medio de alumnos de su escuela, que pasaron por las Galias con los misioneros de Inglaterra. El diácono Juan, que vivia en el siglo nono, asegura haber visto con el original del antifonario del Santo, que se conservaba todavia, el lecho de descanso donde se recosta-

ba cuando hacia cantar á los niños y el instrumento con que los amenazaba.

Para atender á tantas y tan distintas tareas, parece debia disfrutar á lo menos de una salud inalterable; pero lejos de ser así padecia continuas enfermedades. Era, como lo dice él mismo en sus cartas, un cuerpo grueso y grande, que solo tenia fuerzas en la apariencia. Ya mucho antes de su pontificado las penitencias escesivas habian alterado su delicada complexion; de modo que se veia reducido á la necesidad, tan penosa para su austera virtud, de tomar á menudo alimento, pero poco cada vez. Atormentábase tambien de continuo la gota, y de un modo tan violento, que muchas veces le ponía á las puertas de la muerte. «Hace ya cerca de dos años, escribia en el de 600 á San Eulogio de Alejandria, que estoy prostrado en cama con dolores tan grandes en los pies, que apenas me puedo estar levantado tres horas los dias de fiesta para celebrar el oficio, porque poco despues la fuerza del mal me obliga á volverme á acostar. Tiene sus grados mas ó menos crueles; pero nunca son tan llevaderos que me permitan gustar el placer de vivir, ni tan escesivos que me proporcionen el consuelo de morir.» «Hace ya mucho tiempo, escribia el año siguiente, que no pienso ya en levantarme. Si me abandona la gota, se derrama por todo mi cuerpo un fuego devorador, pone en convulsion ó languidez todos mis miembros, y afecta hasta á mi ánimo. Padezco otras muchas incomodidades, y en tanto número que no es posible referirlas. En una palabra, toda la masa de la carne que difícilmente animo, se halla de tal modo impregnada de humores malignos que la vida me es un tormento. Aguardo y desseo la muerte como el único remedio.»

Empero el Señor para purificar todavia mas la virtud de su siervo, le envió una afliccion de espíritu cuya sola perspectiva

(1) Joann. Diac. lib. 2, cap. 6.